

# Defensa de Dulcinea<sup>(\*)</sup>



Por MARGARITA PEÑALOSA ESTEBAN-INFANTES  
(Catedrática de Historia.-Del Instituto de Estudios Manchegos)

«Básteme a mi pensar que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linaje importa poco...».—CERVANTES.

HE meditado mucho si debía escribir o callar. He decidido escribir porque soy toledana y mujer. Asistí—amablemente invitada—al estreno mundial de «Dulcinea». Una gran novedad. En provincias no es habitual un acontecimiento así. Ciudad Real fué elegida, se nos dijo, por ser la capital espiritual del «mancheguismo». La fila anterior estaba ocupada por algunos de los productores de la película. Asistían también sus esposas y, en unos y otros, advertí esa inquietud natural que precede a un estreno, porque es mucho lo que les va en que guste o no la producción. Tuve un primer malestar: la ausencia de público en la sala. Lo lamenté sinceramente. El honor que se nos hacía debía haber tenido mejor, y más amplia y cálida acogida. Empezó la película y el malestar iba creciendo en mí, pero por motivos bien distintos. La «Dulcinea» que se nos presentaba no era la de Cervantes y Don Quijote; era la de Gaston Baty. Una versión francesa (aunque bajo dirección y producción españolas), falsa y humillante.

Hasta Gaston Baty, Dulcinea había sido siempre el arquetipo de la mujer ideal; la mujer poetizada, tan limpia y pura que está, en el «Quijote», delimitada por ausencias. Desde un arranque realista—«tal es el recato y el encerramiento con que su padre, Lorenzo Corchuelo, y su madre, Aldonza Nogales, la han criado», primera parte, capítulo XXV—avanza en las páginas de Cervantes hacia una idealización esencial. Ni siquiera la Beatriz del Dante puede parangonarse con la limpia espiritualidad que supone Dulcinea del Toboso.

En la obra de Cervantes, una y otra vez se nos escapa de la realidad al mundo del ensueño. Es la mujer por la que el hombre es capaz de gustar el sacrificio, el heroísmo, la renuncia... Cervantes, deliberadamente, no quiere hacerla bajar a nuestro mundo. Quiere que sea siempre así: un símbolo, un mito, una ilusión.

(\*) Artículo publicado en «Lanza», de Ciudad Real, (6-XII-62) con motivo del estreno cinematográfico de la «Dulcinea» de Gaston Baty.

Sólo porque los mercaderes toledanos (primera parte, capítulo IV) se permiten objetar que pueda ser tuerta de un ojo, Don Quijote lo llama «grande blasfemia»; y vuelve a aparecer la palabra cuando Sancho, llevado del interés, le sugiere el matrimonio con una Princesa (primera parte, capítulo XXX): «Don Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y, alzando el lanzón, sin hablalle palabra a Sancho y sin decirle esta boca es mía, le dió tales dos palos que dió con él en tierra». Nos preguntamos: ¿Qué hubiera hecho Don Quijote con Gaston Baty y con Vicente Escrivá, que sigue a Baty? Porque la Dulcinea de esta película es una «moza de partido», frase que encierra, en este género de cosas, «lo peor». Con una crudeza que es muy frecuente que no guste, se nos dan una serie de escenas, todas «de lo mismo». Yo noto cómo el malestar inicial se convierte en desilusión y dolor. El mito místico y puro, el símbolo de la mujer más ideal que ha existido, se ha transformado en barro, varias veces pisoteado entre asco. ¡Qué gigantesca diferencia con la descripción cervantina, que, incluso púdicamente, se detiene en un punto para no mancillar ni con el pensamiento, ni con la palabra, la más escondida pureza! Recordadlo todos, porque hace falta: «...pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas; que sus cabellos son de oro; su frente, campos eliseos; sus cejas, arcos de cielo; sus ojos, soles; sus mejillas, rosas; sus labios, corales; perlas, sus dientes; alabastro, su cuello; mármol, su pecho; marfil, sus manos; su blancura, nieve; y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas...» (primera parte, capítulo XIII). ¿Dónde queda, en esta Dulcinea de Baty-Escrivá, la mujer, «sujeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea»? (segunda parte, capítulo LXXIII). ¿Qué diría Baty, qué diría Francia, si de su «doncella de Orleans», ni siquiera por un momento, se hubiera nadie atrevido a convertirla en una mujer perdida, aunque luego se redimiese por la pureza, el heroísmo y el sacrificio?

Dulcinea tiene una realidad. Una realidad más real que la carne y sangre. Dulcinea fué criada con recato y era honesta y pura. Por eso fué la amada ideal del Caballero.

Lo que a mí me ha parecido grave en esta película es, precisamente, que se trata de una película. Mientras la falsa y humillante imagen de la Dulcinea de Baty permaneció en los límites del libro o del teatro, la cosa, aunque grave e injuriosa para una creación cervantina que merece la máxima fidelidad, se mantenía en límites dispensables. Pero el cine es espectáculo de grandes masas. Esta Dulcinea va a pasar ante millares, quizás millones de miradas humanas. Urge decir, desde el principio, que se trata de una Dulcinea apócrifa. Esta no es la Dulcinea del Toboso; ésta no es la amada de Don Quijote. Es una Dulcinea francesa, deshonesto, impura, puesta, por equivocación, en la tierra llana y caballeresca de la Mancha.

Dulcinea es real. Yo he estado en El Toboso. Ha sido una de mis peregrinaciones espirituales. Allí me enseñaron «la casa de Doña Dulcinea».

*A esa mujer no se la puede infamar. Es cierto que la segunda parte de la película es la de la «quijotización» de Dulcinea. Pero tampoco nos gusta porque, sencillamente, no es verdad. Ella no necesitaba morir para purificarse. No tenía nada de qué arrepentirse. La única y verdadera Dulcinea, que es la de Don Quijote, seguirá siendo, a pesar de esta versión, la mujer poesía, eterna e intemporal.*

*Siento, sinceramente, no seguir, porque hay otros aspectos de la película—¡aquella España!—que también merecerían comentario denso y detenido. No puedo rebasar los límites normales de un artículo. Pero mi meditación me ha dictado esto, como mujer y como toledana. Esto, que comencé a sentir ya ante las primeras imágenes de la pantalla.*

*Los valores cinematográficos, innegables, cuantiosos, variados, de la producción que gustosamente reconozco, me parecen accidentales al lado de la gran verdad de nuestra heroína, que urge restablecer.*

